

EL GENERAL DE GAULLE, FRANCIA Y ARGELIA

¿Se renueva Francia? Por el contrario, ¿reitera a la sombra interminable del General de Gaulle una de esas experiencias de unión nacional y de reformas efímeras que hizo entre las dos guerras bajo la autoridad de Poincaré y de Doumergue? Un observador que ha conocido aquellas jornadas y que recuerda aún las alabanzas desenfrenadas que la prensa francesa—sin hablar de la anglo-sajona—dedicaban al «Gran lo-reno» y al «sabio de Tournefeuille» puede preguntárselo. Ciertamente, han cambiado muchos rasgos del cuadro desde la época comprendida entre las dos guerras: ya no es Francia la nación victoriosa e imperial cuyas debilidades no se imponían y el General de Gaulle se parece muy poco al parlamentario avezado que era Doumergue. Pero el concierto de alabanzas que lo envuelve, las esperanzas que ha suscitado en gran parte del pueblo francés son los mismos. En su mayoría, los franceses se proclaman republicanos y laicos. Sin embargo, se dejan rápidamente conquistar por el mito del hombre providencial que viene a salvar la nación en las horas de peligro y «asombrar al mundo» con un resurgir imprevisto; porque una de las constantes del patriotismo francés consiste en querer asombrar a los demás pueblos.

La estampa convencional que en este momento está en boga más allá de los Pirineos es la del General, cuya aparición patética hace caer las armas de manos de las dos facciones prestas a entremetarse ferozmente; es una escena que recuerda el gran cuadro de las *Sabinas* del muy clásico David. Como todas las pinturas de vivos colores, no tiene en cuenta los matices y maltrata la verdad histórica. A finales del mes de mayo, es cierto que había dos facciones en Francia: la de los militares y los europeos de Argelia, por una parte, la de los partidos políticos franceses, por otra. Pero los partidos legales no tenían armas, o tan pocas que no merece la pena mencionarlas. Ni el ejército, ni la gendarmería, ni siquiera la policía estaban dispuestos a correr el menor riesgo en favor de un régimen decrepito y totalmente desacreditado. Los infelices ministros y los pobres parlamentarios, convertidos en culpables de todos los males de

la República, hubieran tenido mucho trabajo para resistir a los paracaidistas del General Massu, si los hubiera lanzado sobre París. No les quedaba más solución que armar «al pueblo», es decir, a los militantes de los partidos revolucionarios, como lo hicieron los jefes del Frente Popular español en 1936. Pero no existían seguridades de que fueran muy numerosos los militantes dispuestos a ocupar las barricadas, a la manera del héroe de Víctor Hugo, el famoso Gavroche. Además, los dirigentes de los partidos burgueses franceses sabían desde el golpe de Praga, que colocó bajo la dominación soviética a la República checoslovaca, tan grata a los demócratas franceses, que la alianza con los comunistas es mortal para los gobiernos liberales. El temor a los comunistas siendo aún mayor que el temor a los militares, buscaron un salvador. Lo hallaron en la persona del General de Gaulle, cuya vuelta al poder reclamaban los argelinos. Gracias al antiguo jefe de la Francia combatiente, la guerra civil no tuvo lugar. A falta de tragedia, fué una comedia de múltiples embrollos la que iba a representarse en la escena francesa.

Para comprenderla, hay que considerar la situación en fecha 13 de mayo. La IV República francesa, enlodada en interminables crisis ministeriales, se mostraba incapaz de resolver el problema argelino y su corolario, las relaciones de Francia con sus ex protectorados de Tunicia y de Marruecos. La opinión pública metropolitana, como siempre dividida, se perdía en un mar de contradicciones. No quería abandonar Argelia y los franceses de los departamentos de ultramar, pero bien hubiera querido hallar una solución amistosa que le ahorrara nuevos sacrificios en hombres y en dinero. Gustosamente hubiera llegado a un compromiso honorable con los indígenas a espaldas de los combatientes del F.L.N. y de los colonos que la izquierda llamaba desdeñosamente «ultras». Mas la intransigencia de los rebeldes, que reclamaban la independencia total como base de discusión, y las maniobras de los «colonialistas» sostenidos por la derecha francesa, hacían muy difícil un arreglo. Otro tanto sucedía con las relaciones con los antiguos protectorados, culpables de sostener abiertamente a los fel-laghas. Para castigarlos, París recurría a las sanciones económicas, cortaba los créditos prometidos en la época de los tratados de emancipación. Sin embargo, lo mismo en Rabat que en Túnez se sabía que esas medidas sólo durarían lo que duraran los ministerios que las adoptaban: unos meses, acaso algunas semanas. El profundo conocimiento del personal político francés de un Burguiba o de un Mohamed V, impedía que cedieran ante las reprimendas de la República. Otras perso-

nas también sabían que los hombres de Estado de París tenían escasa consistencia. Eran los altos funcionarios y los jefes militares de Argel. Asumiendo la misión de castigar a los tunecinos por su apoyo a los argelinos, mandaron bombardear Sakhiet e iniciarse así la crisis internacional que los franceses no deseaban. Los hombres políticos de París habían tratado siempre de evitar la ingerencia de sus aliados anglo-sajones en Africa del Norte. Sakhiet los obligó a aceptar los «buenos oficios». Pero esa intervención de amigos, de los que desconfía la conciencia popular francesa, irritaba al Parlamento que, por lo general, es muy sensible en materia de independencia nacional. La Cámara derrotó el Gabinete Gailhard, como había derrotado el ministerio Bourguès-Maunoury. El fracaso de los jóvenes políticos revelaba el desgaste del «sistema». En el transcurso de la crisis del pasado abril, el Presidente Coty, después de haber llamado a Bidault y a Pleven, recurrió al alsaciano Pfimlin, financiero hábil, demócrata-cristiano ortodoxo. Declaraciones desafortunadas pronto rectificadas, hicieron creer que era el hombre del compromiso con los felaghas. Bastó para levantar al ejército de Argelia y a los civiles a quienes los atentados de los terroristas había dado una mentalidad de combatientes.

La rebelión de Argel.

El levantamiento del Ejército de Africa sin duda ha sorprendido a más de un observador de la política francesa. Durante el largo período de la III República, el Ejército había mantenido una actitud de perfecta sumisión a los gobiernos, cualesquiera que fuesen éstos. Cuando en el momento de máxima violencia del asunto Dreyfus, el General Marqués de Gallifet, ministro de la Guerra del Gobierno Waldeck-Rousseau, ordenó: «¡Silencio en las filas!», nadie se atrevió ya a discutir. Sin duda, Gallifet, héroe de la sombría jornada de Sedan y que domeñó a la Comuna, tenía más prestigio militar que los políticos civiles que han venido rigiendo el Ejército durante estos últimos años. Pero en 1900, el Ejército estaba animado por el deseo de lograr la revancha de 1871 sobre Alemania. Tendía hacia esa gran meta. Creía que tarde o temprano sonaría la hora de la guerra. Y por ello se avenía a no combatir las iniciativas anticlericales del «Bloque de las izquierdas» que podía condenar en su corazón. En mayo de 1958 las cosas se presentaban de muy distinta manera. El Ejército luchaba desde hacía largos años, acumulando derrotas y humillaciones. La III República lo había hecho pulverizar por la Wehrmacht. La IV lo ha-

bía condenado a incesantes pequeñas guerras coloniales en que tan pronto resultaba vencido por *coolies* rebeldes, como en Dien Bien Fu, como reducido a tareas de pacificación, más propias de la gendarmería o de la policía que de tropas de choque, lo que le merecía verse cubierto de insultos, en la misma Francia. ¡Y si con todo, estas tareas, en que había poca gloria por ganar y muchas responsabilidades por asumir, hubieran sido útiles! Pero la diplomacia de la IV República había hecho ceder al Ejército ante los tunecinos primero, luego ante los marroquíes. En tales condiciones, la sospecha de que el esfuerzo de los militares se frustraría igualmente en Argelia, de no tomar las medidas pertinentes, había de nacer automáticamente. Tomar medidas pertinentes significaba hacer una política independiente del gobierno: detener a Ben Bella y a sus amigos, por ejemplo, o bombardear un poblado tunecino que servía de refugio a los rebeldes argelinos. No obstante, estas iniciativas que hubieran parecido intolerables a un Clemenceau o a un Poincaré, pero que Guy Mollet o Gaillard aceptaban con resignación, no tranquilizaban el Ejército de África sobre lo que advendría si el partido derrotista asumía el poder en París.

La idea de «pronunciarse» contra un Ministerio no se le hubiera ocurrido a un oficial francés de antaño. Pero el cuerpo de los oficiales actuales, en el transcurso de la gran guerra, ha perdido la noción de la obediencia pasiva. Muchos generales o jefes deben sus rápidos ascensos al hecho de haberse unido a de Gaulle o a Leclerc o a haber figurado en las filas de los F.F.I. El haber desobedecido a los jefes de Vichy les ha sido favorable. ¿Por qué desobedecer a los de París había de serles más funesto? ¿No era en el interés del país, por su grandeza, que reemprendían el camino de la ilegalidad? Es evidente que tal razonamiento puede llevar muy lejos. Sólo puede darse en un Estado que se disgrega. La IV República, con su inestabilidad ministerial, era precisamente eso. Por este motivo, el clan de los coroneles de Argel pudo tramar su conspiración con toda tranquilidad.

Si han de creerse los informes procedentes de buenas fuentes, los conjurados soñaban en apoyarse en los numerosos franceses de África del Norte, instalados en la cuenca de Aquitania, en los corsos, ligados a los colonos, y en los argelinos de origen europeo, para mostrar que el pueblo estaba con ellos, con lo cual el movimiento militar no tenía un perfume fascista condenable. Los Comités hubieran tomado en manos las provincias meridionales y, posteriormente, hubieran impuesto a M. Coty la

constitución de un ministerio de Salvación Pública comprensivo de los partidarios de la política de fuerza: Soustelle, Bidault, Morice, Lacoste. El movimiento debía tener lugar en Julio, cuando las vacaciones desorganizan un tanto las administraciones públicas.

¿Por qué estalló en mayo? ¿Por qué desembocó en la vuelta al poder del General de Gaulle y a un compromiso dudoso con el mundo parlamentario? Para explicar esta desviación hay que recordar los fracasos del General de Gaulle en cuanto jefe del gran partido nacional del R.P.F., que se disgregó tan rápidamente como se había formado, como el movimiento del General Boulanger sesenta años antes. Con todo, quedaba en el Parlamento un puñadito de fieles al General: Soustelle, Chaban-Delmas, Triboulet. Estos le habían tomado gusto a la política y al juego parlamentaria, un poco como Mauricio Barrès que después de la catástrofe del «boulangismo» se quedó como una especie de aislado, un poco perdido en medio de los «representantes de los intereses» de la derecha clásica, muy despectivo respecto a sus colegas del Palais Bourbon, mas nada descontento, en el fondo, de tomar parte en las partidas políticas que se jugaban en ese antro. En la multitud de los partidos franceses, ese grupo tenía una fuerza bastante reducida, pero en el Parlamento sus contadas voces contribuían a hacer y deshacer las mayorías gubernamentales. Por este motivo, las combinaciones ministeriales solían reservar con frecuencia algunas carteras o algunos puestos importantes a los «gaullistas». Así se explica que Pierre Mendès France nombrara a Jacques Soustelle gobernador de Argelia en 1955 y que el alcalde de Burdeos, Jacques Chaban-Delmas, haya sido ministro de la Guerra en el Gabinete Félix Gaillard. La aventura de Soustelle es curiosa. Este brillante profesor, que fué en su juventud uno de los más ardientes antifascistas de Francia y que en aquella época había manifestado muy poca ternura hacia el colonialismo, se transformó en Argel en un defensor decidido de la dominación francesa. Fríamente acogido por los colonos, se los conquistó afirmando su intransigencia frente a los rebeldes. Cuando salió de Argel, al constituirse el gabinete Guy Mollet, la exuberante población de Argel le testimonió un reconocimiento delirante. No cabe la menor duda de que, aun después de haberse marchado, mantuvo relaciones con las personalidades influyentes de Argelia. El Moghreb central se había convertido en su dominio. El paso de Jacques Chaban-Delmas por el ministerio de la Guerra no tuvo menos importancia en el movimiento del 13 de mayo. El ministro tenía en su gabinete a hombres de confian-

za, como Jacques Delbecque o Neuwirth. Su misión los ponía en contacto con los generales y los coroneles de Argelia, ello de modo natural. Sabían poco más o menos lo que éstos tramaban. Habían de sufrir la tentación de explotar en provecho del «gaullismo» el movimiento de los militares y de los partidarios de «la mayor Francia».

Las manifestaciones de la muchedumbre argelina el 13 de mayo les brindó la oportunidad. La población argelina representa un singular mosaico étnico: los «franceses musulmanes» se dividen en árabes y en kabilas, los europeos en funcionarios procedentes de la Metrópoli, con frecuencia empapados de ideas democráticas, y de franceses de Argelia, de los cuales unos son de origen francés y otros de origen italiano o español, sin hablar de los franco-españoles, de los italo-franceses, de los hispano-italianos y, en fin, de los judíos que forman una especie de casta que no se mezcla ni con los «argelinos», ni con los «árabes», aun cuando los censos oficiales los cuenten entre los franceses. Normalmente, estos argelinos son gente pacífica. Pero son propensos a curiosas explosiones revolucionarias. La historia de Argel registra, por ejemplo, que en 1870 los franceses de Argelia echaron de su palacio al gobernador general interín, el General Walsin Esterhazy y que en 1898 le hicieron la vida imposible al gobernador Lépine, el prefecto de policía de París que el Gobierno francés había enviado a Argelia para que hiciera cesar la agitación antijudía. En fin, está aún presente en la memoria la acogida que el 6 de febrero de 1956 los argelinos hicieron al Presidente del Consejo, Guy Mollet, sospechado de querer pactar con los fel-laghas y culpable de la destitución de Jacques Soustelle. Este carácter explosivo, debido a la presencia de muy numerosos estudiantes y al temperamento de la plebe mediterránea, explica los movimientos del 13 de mayo. Ese día la muchedumbre se reunió para rendir homenaje a los soldados recientemente asesinados por los rebeldes argelinos y para proclamar, una vez más, su adhesión a la «Argelia francesa». Se trataba, sobre todo, de hacer una manifestación de masa que pudiera impresionar a los políticos de París, que estaban elaborando su ministerio después de semanas de conversaciones y astutas maniobras. Fué entonces cuando estudiantes y alumnos de los liceos argelinos, conducidos por el Presidente de los estudiantes, Lagailarde, entraron sin grandes esfuerzos en los despachos del Gobierno general, situados en la planicie que domina el monumento a los muertos de la guerra, y se instalaron allí después de haber llevado a cabo un auto de fé vengador con el papeleo administrativo.

Habiéndose corrido el rumor de esta hazaña, las gentes que volvían a sus casas dieron media vuelta y se apiñaron al pie del rascacielo. No sabiendo la Policía cómo dispersar esta muchedumbre, recurrió a los militares. El coronel Thomazo y el general Massu llegaron en medio de ovaciones indescriptibles. Se asomaron al balcón, mientras que los manifestantes gritaban: «Massu al poder», «el Ejército al poder» y en modo alguno «De Gaulle al poder». Massu, desde que sus paracaidistas habían vencido el terrorismo en Argel, se había ganado la admiración y la gratitud de los ciudadanos. Simbolizaba el hombre de la lucha a ultranza contra los rebeldes, el extremo opuesto del presunto hombre de la capitulación, Pflimlin. Sin detenerse a preguntarse si tenía el menor talento político, los argelinos reclamaban, pues, que Massu se pusiera al frente de ellos y salvara a Argelia. El general de los paracaidistas coloniales resultaba—según sus propias declaraciones del 14 de mayo—el primero abrumado por ese plebiscito espontáneo. Ese hombre macizo, ciertamente valiente y voluntarioso, se asemeja más bien a esos capitanes que arrastran a los hombres—Junot, Murat—, que Napoleón llamaba a la vez afectuosa y despectivamente «sabreurs», que a los procónsules como Lyautey. Su primer reflejo había sido proponer que sus «paras» barrieran a los revoltosos. Lo disuadieron. Lo llevaron al balcón y respondió a las aclamaciones. Luego le tocó el turno al General Salan que, acogido con frialdad por la muchedumbre, no parecía saborear mucho más que Massu la comedia en que tenía que tomar parte. En fin, después de una larga discusión con los coroneles y con algunos civiles, el General Massu anunció a las nueve y media la formación de un Comité de Salvación Pública y el envío al Presidente de la República de un telegrama «exigiendo la creación en París de un gobierno de Salvación Pública, único capaz de conservar a Argelia como parte integrante de la Metrópoli».

En esta versión, el nombre del General de Gaulle seguía sin ser citado. Sólo apareció a la media noche, cuando un miembro civil del Comité leyó un nuevo telegrama anunciando—con cierto avance sobre el desarrollo de los acontecimientos—que las grandes ciudades de Argelia se unían al movimiento de Argel.

«Hacemos un llamamiento—agregaba—al General de Gaulle, único capaz de tomar la dirección de un gobierno de Salvación Pública por encima de todos los partidos y de asegurar la perennidad de la Argelia francesa, parte integrante de Francia.»

Como un predistigador hábil saca una paloma de un sombrero de

copa donde había puesto un pañuelo, los gaullistas hacían surgir a su héroe de la manifestación popular y presentaban su candidatura, en nombre de una muchedumbre que no pensaba en absoluto en él. Es evidente que los generales que no deseaban avanzar demasiado por el camino de la rebeldía juzgaron excelente una propuesta que los descargaba de pesadas responsabilidades. Por otra parte, muchos de esos militares habían tomado parte en la aventura gaullista cuando era peligrosa y heroica. El nombre del viejo general aún les impresionaba. El ofrecimiento de Delbecque les pareció, pues, genial y lo adoptaron.

Quedaba la muchedumbre. Ciertamente, el General de Gaulle contaba con admiradores en la misma. Es difícil decir en qué proporción. Argelia, que fué durante la guerra una de las fortalezas del «petainismo», había mostrado durante mucho tiempo recelos hacia de Gaulle y más aún hacia su consejero en materia de asuntos musulmanes, el General Catroux. Tan violentamente manifestó su aversión hacia este último, nombrado ministro residente por Guy Mollet en 1956, que renunció a trasladarse a su consulado. Sin embargo, los miembros del Comité de Salvación Pública hicieron aceptar con entusiasmo por los argelinos una solución en la que no pensaban horas antes. Bastó que los generales se asomaran al balcón, que hicieran un discurso a los buenos de los argelinos y asegurasen que el General de Gaulle salvaría la Argelia francesa. Todos los manifestantes del «forum» repitieron a la una que la Argelia francesa sería salvada por de Gaulle. Se había logrado la meta.

El General de Gaulle, árbitro de las facciones.

Quedaba por conseguir que el General aceptara la investidura de la muchedumbre argelina y que el General fuera aceptado por una asamblea que en su inmensa mayoría no era gaullista. Bajo la III República, en que los parlamentarios desconfiaban del ejército y del cesarismo, hubiera actuado el reflejo de la defensa republicana. La unión de todos los republicanos—incluidos los comunistas—se hubiera constituido y el General, presunto faccioso, hubiera sido detenido o al menos colocado bajo la vigilancia de la policía. Pero los parlamentarios burgueses tenían miedo. El recuerdo de Praga y de Budapest los obsesionaba. Los socialistas, recordando la chanza de un comunista francés de la primera hora, según el cual: «Había que desplumar la gallina socialista», no tenían la menor gana de dejarse coger por sus hermanos en marxismo. Entablar batalla.

con las tropas de choque de Africa resultaba aventurado; pero acaso resultara aún más peligroso vencerlas con el apoyo comunista que ser vencidos por ellos. En estas condiciones, cuando el General de Gaulle hizo saber que aceptaba el poder si el Gobierno se lo ofrecía, los ministros y los diputados, que se veían tan pronto ametrallados por los paracaidistas, como torturados por los especialistas de las checas, tuvieron un respiro.

Sin duda, algunos parlamentarios endurecidos, como los socialistas Le Trocquer y Jules Moch o como Mitterand y Mendès-France—éste más blandamente, por supuesto—predicaron la resistencia a ultranza. Pero la mayoría, sobre todo después de la disidencia de Córcega, sólo soñaban con dar paso al salvador. Era aquella la atmósfera del Directorio en Brumario o, más aún, de las asambleas de 1940 después del derrumbamiento del ejército francés. «Los cuerpos constituidos son cobardes», dijo Alfonso Daudet. Al percatarse de su descrédito y de su imposibilidad para resolver una situación dramática, los parlamentarios estaban dispuestos a transmitir sus poderes a un dictador, aun a costa de pedirle cuentas más tarde y de tomar una revancha. Las motivaciones y las frases no faltaban por lo demás para justificar su abdicación: era preciso evitar la guerra civil, no debilitar al país cuyo descenso desde su fatal entrada en guerra en 1939 era harto visible. El hombre honesto que es el Presidente Coty invitaba la Asamblea a sacrificarse. El Presidente del Consejo Pflimlin trabajaba en este sentido. El «leader» de la derecha, Pinay, y el del socialismo, Mollet, también bregaban en este mismo sentido, el uno para salvar las finanzas del país, el otro las conquistas sindicales. En resumen, los parlamentarios que antaño habían trabajado astutamente y logrado eliminar al irascible general del poder, le entregaban en bandeja de plata los plenos poderes.

Sonaba la hora de la revancha para el solitario de Combey-les-deux-Eglises. Imagina uno que este hombre, cuyo orgullo es uno de los rasgos dominantes de su carácter—orgullo personal tanto como orgullo patriótico—, ha debido saborear la revancha que le brindaba el destino. Tal vez una voz interior le haya dicho también que ya era tarde, puesto que a la pérdida de Siria y del Líbano, que había tenido que aceptar como precio de la alianza inglesa, se habían agregado la de Indochina, de Marruecos y de Túnez. Pero algo quedaba por salvar, un nuevo resurgir por llevar a cabo. Es muy probable que en la hondura de su corazón, el General pensaba que si había un hombre para realizar esta gran tarea, era él, el hombre del 18 de junio de 1940. Se prestó, pues, al salvamento

del personal parlamentario, lo que le permitía no figurar como el hombre de los rebeldes de Argel. Quería presentarse como el árbitro de los franceses—los del país real tanto como los del país legal—y no como el hombre de un bando, aunque sin la acción de la gente de Argel hubiera seguido consumiéndose en su retiro. Fortalecido por su situación, dictó condiciones: los parlamentarios debían investirle, delegarle poderes constitutivos y marcharse de vacaciones.

Un diputado, que por haber sido fugazmente subsecretario de Estado en Vichy conoció no pocas tribulaciones antes de poder volver al Palais Bourbon, M. Tixier-Vignancourt, recordó no sin picardía a sus colegas que aquéllos eran, poco más o menos, los poderes que la Asamblea nacional reunida en Vichy en Julio de 1940 había delegado al Mariscal Pétain. El General de Gaulle y muchos parlamentarios de 1958—empezando por el jurista Edgar Faure—habían hecho declarar inelegibles después de la guerra a los senadores y a los diputados que, al obrar así, habían traicionado el régimen republicano. Para los últimos defensores de Pétain, esta comparación constituía también una especie de revancha irónica—por lo demás gratuita—frente a sus antiguos vencedores. Pero la Asamblea no se dejó detener por vanas palabras. Inviestió al General de Gaulle. Como Pilsudski con la carrera del cual la vida de aquél tiene analogías curiosas, el General se hacía entregar la dictadura por un Parlamento arrojado.

De Gaulle en el poder.

¿Qué va a hacer de sus plenos poderes el General de Gaulle? Dejando al prudente Antonio Pinay la tarea de rehacer las finanzas, que el restablecimiento de la confianza de las clases poseedoras en el Gobierno favorece grandemente, el General de Gaulle ha arremetido contra el problema de la constitución y el del norte de Africa.

La cuestión constitucional parece ser la más fácil de resolver. El 28 de septiembre, el Gobierno someterá al país nuevos textos llamados a regirlo. Este juego de las constituciones, al que tan aficionados son los franceses desde 1789 que cada generación fabrica una o dos, salvo durante el largo período de estabilidad de la III República, llevará al país hacia un régimen fuerte. La IV República estaba colocada bajo el signo de preponderancia de la asamblea y el todopoder de los partidos. La V será concebida de forma a permitir a un poder ejecutivo fuerte, gobernar

sin temer los caprichos de una Cámara reducida a votar el presupuesto y las leyes en el transcurso de breves sesiones anuales. El pueblo conservará su soberanía teórica, con derecho a elegir a sus representantes, pero el gobierno derivado del sufragio universal dispondrá de los medios de llevar a bien su tarea, lo que no era apenas el caso bajo el régimen agonizante. En el momento en que se redacta este trabajo, sólo se conoce este vago esquema. Se presta al General y a sus colaboradores la intención de establecer una constitución «corta y oscura», como decía Bonaparte, que se completaría posteriormente con leyes orgánicas. El aspecto consular del régimen se vería acentuado con ello. En tal caso, la espinosa cuestión de los lazos entre la Metrópoli y sus territorios ultramarinos. ¿figuraría entre los textos constitucionales o en las leyes complementarias susceptibles de ser enmendadas más fácilmente?

En efecto, el escollo para el nuevo gobierno está en las colonias que reivindican más o menos violentamente sus derechos al propio gobierno, cuando no a la independencia. La política del General de Gaulle durante la guerra, su liquidación de los Estados del Levante, sus experiencias de Brazzaville y la política del General Catroux en Argel, pudieran dar a pensar que, en el fondo, ese militar que, como Pétain hasta la guerra contra Abd-el-Krim, apenas si conocía el imperio, atribuía más importancia a Estrasburgo y a Metz que a Damasco y a Rabat. No es la presencia a su lado del escritor Malraux, muy anticolonialista en tiempos en que servía la política de Moscú en Asia oriental, que tranquilizará a los defensores de la Francia de ultramar. Pero imbuído de la grandeza francesa, el General no puede renunciar fácilmente a lo que queda del antiguo imperio colonial de la III República. Y menos aún ahora en que ha sido llevado al poder por la furiosa reacción de los colonos de Argelia y del Ejército contra las hipotéticas tendencias derrotistas de Pflimlin.

En el curso de su retiro, se decía que el General de Gaulle se inclinaba hacia la solución federal del problema argelino. Las circunstancias que de nuevo lo habían llevado al poder, lo que había visto en ocasión de sus viajes a Argelia y las indicaciones de Jacques Soustelle, ¿pueden conducirlo a modificar ese punto de vista? Soustelle que, como Malraux, es uno de los inspiradores del General, se ha hecho, desde su paso por el Gobierno general de Argelia, el campeón de la «integración», la doctrina a la moda en Argel.

Ya que Argelia es francesa, dicen los partidarios de esta fórmula, no debe haber distinciones entre los departamentos *franceses* de Argelia y los

de la Metrópoli. Tampoco debe haber distinciones entre los franceses de origen europeo y los que el idioma administrativo llama un poco cómicamente «los franceses musulmanes». La más estricta igualdad ha de ser observada entre todos los habitantes, cualquiera que sea su religión. Esos diez millones de franceses tienen que ser incorporados a los cuarenta y tres millones de metropolitanos. Hasta la fecha, la organización reposaba sobre la noción de la separación de los dos grupos étnicos teóricamente iguales. En la Cámara, como en la Asamblea argelina, los franceses y los musulmanes tenían un número igual de representantes sin que se tuviera en cuenta la desigualdad numérica de los electores de los dos Colegios. El Colegio único que ciertos demócratas franceses brindan a los musulmanes para acarrear el final de la rebelión indígena, hacía correr a los franceses de Argelia el grave riesgo de ser eliminados de la mayor parte de los órganos electivos de un país cuya relativa prosperidad se debe a su iniciativa. Es lo que tendía a evitar la integración. Para salvar a los franceses de Argelia de ser sumergidos en la masa indígena, se quería sumergir a los nueve millones de musulmanes en los cuarenta y tres millones de franceses.

Es de observar que hace sólo unos años, la idea del colegio electoral único era considerada por los colonos como una utopía pura, cuando no locura criminal. No sin algún fundamento, los europeos de Argelia hacían observar que en el estado de ignorancia de la masa árabe, el régimen electoral acarrearía sea una especie de dictadura de la administración, que merced a los caïdes haría votar a los electores del campo como quisiera, sean aventuras demagógicas tan pronto burlescas como dramáticas, que acabarían tarde o temprano con la formación de un partido antifrancés. Que la elocuencia de M. Soustelle haya llevado los colonos europeos a aceptar como un mal menor lo que estimaban ser una catástrofe, demuestra las notables dotes de persuasión del antiguo Gobernador y la angustia de los colonos ante la perspectiva de un abandono de su causa por parte de la Metrópoli.

La integración tropezaba, sin embargo, en Francia con una objeción de peso. Si los argelinos envían cien diputados musulmanes al Palais Bourbon, se decía, serán los árbitros de la política francesa, harán y desharán los ministerios. Para que triunfen sus tesis, podrán entregarse al chantaje, imponer sus condiciones. en una palabra, falsear la voluntad nacional. Desde el punto de vista metropolitano, estas razones son evidentemente poderosas. Explican por qué los teóricos políticos de París pre-

ferían a la integración un federalismo inspirado en la comunidad británica. Pero como una Argelia autónoma, con un régimen electoral basado en el colegio único, debía desembocar tarde o temprano en el aplastamiento de los europeos de Argelia, los hombres de Estado de la IV República remitían a más tarde una solución definitiva.

Se imagina que es para imponer la integración que los Comités de Salvación Pública, a partir de la llegada a Argel de Jacques Soustelle, lanzaron una gran campaña de propaganda sobre el tema de la fraternización. Radios, periódicos—con fotos al apoyo—expusieron con un estilo tan pronto sorprendido como entusiasmado, que los indígenas eran primero tan numerosos como los europeos en las manifestaciones delirantes que se sucedieron en Argel y en las ciudades de Argelia en el transcurso de la segunda quincena de mayo. La presencia de los musulmanes al lado nuestro tiene valor de plebiscito, se decía. Muestra que nuestros hermanos musulmanes quieren ser franceses, porque saben que Francia quiere su felicidad y su progreso.

Incluso se incrementó esta demostración con ceremonias de un gusto dudoso en que hubo musulmanas que querían quitar sus velos en público, cuando no se lo quitaban las europeas, mientras lucían su más graciosa sonrisa, a causa de los fotógrafos. Era el símbolo de la acción de la Francia emancipadora, concebida según las ilustraciones de la historia de Francia de Lavissee para las escuelas primarias (los republicanos plantan un árbol de la libertad. Brazza libera a los esclavos a la sombra de la bandera tricolor, etc.).

Esta escenificación que André Malraux ha tratado un poco a la ligera en una de sus conferencias de prensa, tuvo un éxito enorme. Los periodistas metropolitanos y los extranjeros parecieron muy sorprendidos al enterarse de que asistían musulmanes a manifestaciones francesas y admiraron el valor progresista que, cayendo como el rayo sobre las musulmanas, las liberaba de las servidumbres del Corám. La verdad es que jamás los musulmanes habían boicoteado las ceremonias oficiales y que con motivo de las visitas gubernamentales y prefecturales, durante años y meses antes los periódicos argelinos no dejaban de publicar las fotos de antiguos combatientes musulmanes o de habitantes de las yemaas, colocados como tiradores haciendo instrucción o desfilando ante las autoridades. Creer que todos los musulmanes odiaban a Francia y ardían en deseo de morir por la independencia nacional, como los soldados del Año II, era una burda simplificación de los hechos. Quedaban muchos

musulmanes, sobre todo en las viejas generaciones, que aceptaban la administración francesa. Quedaba una mayor proporción de gente prudente que, por temor a los terroristas, se abstendían de toda manifestación en favor de Francia. La derrota del F. L. N. en la batalla de la Kasbah, la noticia que Massu, su vencedor, se convertía en el jefe en Argel, les pareció sin duda tranquilizadora. Sensibles a la fuerza, fueron al Forum siguiendo la corriente, quizás incluso para adquirir méritos a los ojos de los franceses. En cuanto a los pueblerinos que se habían reunido bajo el control de los oficiales franceses, y que habían sido trasladados a los lugares de manifestaciones en camiones militares finamente puestos a su disposición por el Ejército y colocados detrás de las pancartas indicando el nombre de su pueblo, eran aún menos libres de negarse al viaje que les ofrecían. Por tanto, sacar conclusiones definitivas de la presencia de los musulmanes en esas manifestaciones, como lo han hecho periodistas occidentales, resulta un poco ligero. Al menos ese cuadro idílico tuvo la ventaja de hacer desaparecer al otro—generalmente falso—de los pobres indígenas viviendo en el terror y la humillación, hollados por los malos colonos y los terribles paracaidistas. La rapidez con que los grandes diarios de Europa y América pasaron del cuadro negro al cuadro de color de rosa deja soñador respecto a la formalidad de la gran prensa mundial. Hechas estas reservas, hay que reconocer que esas manifestaciones de inmensas muchedumbres, pese a que en algunos de sus aspectos oían un poco a «potemkinada», impresionaron una opinión francesa preocupada de justificaciones democráticas e incluso a parte de la opinión universal.

¿Sacó de ello el General de Gaulle las conclusiones que los europeos de Argelia querían sugerir a los metropolitanos? Su actitud un tanto ambigua a este respecto parece demostrar que no. En cuanto accedió al poder se trasladó a Argelia y pudo gozar de la voluptuosidad de ser nuevamente aclamado como un salvador. Prometió solemnemente a sus auditores que Argelia seguiría siendo francesa, pero se guardó de pronunciar la palabra que esperaban de él—la integración—. De ahí que ciertos argelinos, incluso entre los miembros del Comité de Salvación Pública, empezaran a preguntarse si no habían obrado en contra de sus propios intereses y de los de la minoría europea de Argelia. Cuando el General volvió a Argel para su viaje de estudios militares, el entusiasmo de la capital había descendido en muchos grados, en tanto que los provincianos de Orán y del Este argelino, se mostraban más acogedores.

El Jefe del Gobierno francés al negarse a recibir a los miembros del

Comité de Salvación Pública de Argelia ponía de manifiesto, por lo demás, su indiferencia, teñida acaso de desdén, hacia los mismos. Había aceptado en ocasión de su primer viaje que aquéllos encerraran a los ministros procedentes del Parlamento que lo acompañaban. Ahora, escoltado por el impopular Guy Mollet, tomaba una pequeña revancha sobre sus turbulentos admiradores cerrándoles la puerta a las narices y anunciando posteriormente que los musulmanes—de los cuales el 90 por 100 es analfabeto—tomarían parte en adelante en los comicios. Los desventurados franceses podían recobrar un poco de esperanza al enterarse que su portavoz Soustelle era—al fin—nombrado ministro, que podría defender sus tesis en los consejos. Pero esas ilusiones han debido disiparse el 13 de julio cuando el General en persona habló abiertamente del federalismo.

Perspectivas argelinas.

El problema argelino toma en adelante una clara orientación. Para ganarse a favor de Francia a la masa musulmana, lo que al aislar a los 30.000 ó 40.000 fel-leghas de las montañas los llevaría a una derrota cierta, el General de Gaulle abandona a un destino poco risueño la minoría europea de Argelia. En efecto, organizar el Colegio electoral único en una Argelia más o menos autónoma, equivale a colocar bajo la ley de la masa indígena a la minoría europea. Los gobiernos demócratas que habían hecho la experiencia en Africa Negra, donde el número de los blancos es muy reducido, no habían creído necesario repetirla en Argelia. El General de Gaulle se atreve a hacerlo, como se ha atrevido a evacuar sin garantías las tropas francesas de Tunicia, cosa que se negaba a hacer el Parlamento francés, como abandona a Burguiba los ministros francófilos del Bey cual vulgares colaboracionistas». La meta que persigue el General es el fin de la rebelión. Para lograrla, paga el precio que es preciso. Un general tiene que sacrificar tropas para alcanzar sus objetivos. O nos engañamos grandemente o los colonos argelinos van a desempeñar ese papel heroico.

Es posible que por ahora esa táctica tenga éxito, que en septiembre el referéndum argelino, sobre todo en las zonas rurales donde millares de electores y electoras totalmente analfabetos habrán de pronunciarse gravemente sobre la Constitución del General de Gaulle y sobre las ventajas comparadas de la centralización y del federalismo, dé resultados favora-

bles. Pero después será preciso elegir a los miembros de los municipios, de los Consejos generales, de las Asambleas legislativas. Tal vez pueda evitarse provisionalmente una política de bloques étnicos. Pero esa política surgirá tarde o temprano. Es fatal cuando conviven poblaciones tan diferentes como las de Argelia. Y ese día la mayoría oprimirá la minoría. Ya se vió aquello en el viejo imperio de los Habsburgo, donde las poblaciones eran más próximas unas de otras que las de Argelia, luego en los Estados menguados que le sucedieron. Eso se ha visto en Irlanda y se ve todos los días en todo Oriente. ¿Por qué Argelia habría de escapar a esta regla? Ya se sabe que el legislador puede tomar precauciones para salvaguardar los derechos de la minoría de los conflictos entre los grupos étnicos. Pero esta intervención, ¿no tendrá como efecto el reanimar las pasiones y las aspiraciones a la independencia que se vanagloria de apagar? ¿No se verá a la minoría europea llamar en su auxilio a la Metrópoli o a la mayoría reclamar su independencia para escapar a una tutela insostenible? He aquí preguntas que, pese a la euforia de la «fraternización», hacen aparecer el porvenir de la Argelia francesa bajo colores más bien sombríos.

Parece ser que círculos cada vez más amplios de la opinión en Argelia empiezan a percatarse de estas realidades y manifiestan cierta amargura. Durante un mes, los franceses de allende el Mediterráneo han creído que habían salvado a Francia y a los restos de la Unión francesa al dar la señal del resurgir nacional contra un régimen podrido. Hoy día se interrogan, preguntándose si no han sido los instrumentos de una intriga de la que podrían ser perfectamente las primeras víctimas. Pero es demasiado tarde para desandar lo andado. La sabiduría árabe, que los franceses de Argelia conocen un poco, enseña que nadie escapa a su destino.

ANTONIO MASSIA MARTIN